El destierro (y 4)

José Rodríguez Infante

Capítulo 1

UNA GRANJA MUY PARTICULAR (1)

Maite vivía en la ciudad, aunque su vocación siempre tuvo que ver con los animales del campo. A ella le daba igual el tipo de paisaje que apareciera en su retina, o los diferentes usos que el hombre le había dado al medio a lo largo de la historia. Del campo lo único que le interesaba eran los seres vivos que lo pueblan, y como no vivía en el campo, convirtió la casa de sus padres en un zoológico, algo ilógico por las dimensiones de la vivienda. De movimientos algo torpes, le hubiera gustado estudiar veterinaria, pero su cabeza no daba para tanto y se tuvo que conformar con un curso de formación profesional que le sirvió, durante un tiempo, para trabajar en una clínica veterinaria donde la explotaban.

Tenía una pata que se llamaba Josefa, a la que metía de vez en cuando en la bañera para que se hiciera a la idea de lo que es un lago. Maite se sentaba en la taza del váter con la fregona en la mano y le daba migas de pan a Josefa. Canela, su perra, era la que marcaba el tiempo que ella y la pata debían permanecer juntas, porque los celos la traicionaban, y no les permitía que estuviesen demasiado rato encerradas en el cuarto de baño.

Tanto es así que tuvo que llegar a un acuerdo con su padre —el de Maite—, para que en el turno de baño de Josefa sacase a pasear a Canela y que así las dejase tranquilas. La perra aceptaba de muy mala gana, consciente de que la estaban engañando, pero, por otra parte, tampoco quería desaprovechar la oportunidad de manchar un poquito la acera. Cuando eso ocurría, Maite aprovechaba la ocasión y dejaba entrar en el cuarto de baño a Dionisio, una tortuga macho que, con aquel ambiente húmedo, se paseaba alrededor del váter y el bidé, y trataba de escalar por los azulejos, siempre con resultado negativo. En su coraza, Dionisio lucía un pequeño cascabel para tenerlo localizado y, al mismo tiempo, como señal de alarma porque cuando sonaba demasiado era porque Canela se estaba pasando y andaba mordisqueando a la pobre tortuga, que tenía marcados los dientes del cánido por todas partes. Maite acudía presta y le daba una buena reprimenda a la perra que, con el rabo entre las patas y la cabeza gacha, parecía reconocer su error. Pasado un tiempo se le olvidaba y vuelta a empezar.

En una jaula que se encontraba en la habitación de la muchacha, vivía un periquito que pasaba por ser el rey de la casa. De vivos colores y más atrevido que nadie, tenía la puerta de la jaula siempre abierta, para que entrase y saliese cuando le diera la gana. Se llamaba Luis y, a excepción de las horas nocturnas, que se las pasaba en su palo hecho un ovillo, el resto del día no paraba de ir de un lado a otro, charla que te charla. Tan solo se callaba cuando se posaba en el hombro de Maite, en el del padre o la madre de ella, porque con la hermana o con la tía no compartía demasiada amistad. Con una porque paraba poco en casa y le resultaba extraña, y con la otra porque le interesaba más ver la televisión que estar pendiente de las gracias de Luis, aunque Maite se desternillaba de risa cada vez que el pájaro se acercaba por el sillón de la tía. Aquello era un reto. Se miraban a los ojos, el pájaro daba un saltito de aproximación y la señora acercaba su mano al abanico. Un movimiento de cabeza aviar y la mano sobre el abanico. Se hacía el silencio, cada cual mantenía sus posiciones. A partir de ahí, cualquier cosa podía pasar, y lo que pasaba, por lo general, es que la señora nunca acertaba con el intento de sacudirle, y el pájaro terminaba por hacerle un vuelo rasante cerca de la cabeza que la sacaba de quicio. A Maite le encantaba esta situación, y como ninguno de los dos implicados sufría daño alguno, dejaba que la escena se desarrollase cada vez que fuese necesario. Con la muchacha, Luis se portaba de otra manera. Era más dicharachero, le daba picotazos suaves en la oreja y en la comisura de los labios, y obedecía sus mandamientos sin rechistar. De otra manera, ya habría sido víctima de alguna descarga eléctrica, porque se pasaba parte del día de lámpara en lámpara, boca arriba, boca abajo, con una pata, con las dos, estirando las alas (no cesaba su actividad hasta oír la voz de la muchacha), y pendiente de los demás animales para ver si comían algo. Durante un tiempo, Luis se tuvo que acostumbrar a la presencia de Mini en la casa, un gato callejero que llegó a manos de Maite desde la asociación de defensa de los animales, con la cual colaboraba. El pobre gato había cogido una infección

intestinal y requería de unos cuidados muy especiales, que en la asociación no podían dispensarle porque la actividad era incesante.

.../...

Capítulo 2

UNA GRANJA MUY PARTICULAR (2)

.../...

Maite se presentó un día en su casa con el gato en una caja junto a una botella de suero que se le estaba suministrando. Ella llegó confiada porque en todo el tiempo que había estado junto al minino, este había estado sedado, y apenas se movía del colocón que tenía. Pero en el trayecto desde la clínica hasta el piso de Maite, el gato se había espabilado y cuando lo colocó en el suelo para cerrar la puerta, el animal se lanzó en alocada carrera, sin importarle el artilugio que llevaba adosado a su cuello, ni la botella de suero. El primero en dar la voz de alarma fue Luis que, cuando vio al felino, empezó a revolotear por todo el piso como si hubiese visto al mismísimo demonio. Los gritos de Luis alertaron a Canela que comenzó a ladrar sin ton ni son, pero por si acaso era necesaria su presencia. Dionisio, en vista de los acontecimientos, abandonó sus minutos de sol en la terraza y dirigió el hocico hacia su búnker privado para casos excepcionales. El asunto presentaba mal aspecto, y se abría paso entre las macetas con las uñas, hasta conseguir meter la coraza. Lo demás era ya cuestión de tiempo. Josefa encontró la puerta del aseo entreabierta y no lo dudó; de un salto, se metió dentro de la bañera, que

aunque no tenía agua, siempre había posibilidad de que la tuviese y, además, ella se encontraba más segura allí. La tía de Maite tenía la tele encendida y el volumen adecuado a su oído, así que de momento estaba ausente. La madre había salido de compras, y el padre, que se estaba afeitando, tuvo que abandonar la tarea y, con la toalla liada al cuello, se asomó al pasillo para ver cuál era la causa de tan singular alboroto. Mini, después de recorrerse gran parte de la casa arrastrando la botella, con Canela a la retaguardia y Luis cerca del lomo, terminó por encontrar un hueco debajo del mueble bar, donde no le llegaba la furia de la perra y el terreno era demasiado peligroso como para que el periquito se atreviese a meter baza. Los acontecimientos discurrían a tal velocidad, que a la muchacha apenas le dio tiempo de salir de la misma baldosa. Todo el rato parecía una directora de una loca orquesta, con los brazos en alto y dando órdenes a las que nadie obedecía. La paz llegó con la colaboración del padre de la muchacha, que se llevó a la perra a la terraza y luego tuvo que buscar en la caja de herramientas para ponerse unos gruesos guantes, meter las manos debajo del mueble y extraer al minino que se encontraba en estado de excitación, al borde del infarto.

Maite solía ir al campo con un grupo de amigos que aprovechaban los efluvios primaverales para entregarse al juego amoroso. Ella distraía su mente con el vuelo de una mariposa que se posaba en una flor, justo al lado de un abejorro que cimbreaba sus alas y alargaba la trompa para libar el néctar, y que al rato salía marcado de amarillo en busca de otra flor que libar. Ahora eran las peripecias de un trepador azul las que enajenaban a Maite: aparecía y desaparecía en el tronco de la encina, dejándose ver pero guardando las distancias. El recuerdo de Luis se le hacía imprescindible. ¡Cuánto disfrutaría su periquito entre tanta rama! Pero ella sabía que eso no era posible. Aún recordaba aquel otro que había tenido y que, en un exceso de confianza, partió sin pedir permiso y todavía lo está esperando. Las aves tienen sus propios instintos y hay que saber hasta dónde se les puede permitir moverse. Las voces de sus amigos le sacaron de su mundo y le animaron a que acuda a la barbacoa, para compartir con ellos esas chuletas que olían que alimentaban. Maite se fijó, durante el almuerzo, en aquel chico que siempre le había gustado, pero mantenerle la mirada o contestar a sus preguntas le resultaba tan difícil, que tenía que desviar la vista y fijarse en el vuelo de la cigüeña o el trinar del pinzón. Cuando vio la actitud de sus amigos, pensó en que por qué no podía ella comportarse igual y dejarse acariciar por alguien. Estaba cansada de ver películas en la tele: a veces no podía contenerse y tenía que levantarse del sofá con un estado de inquietud que no acertaba a comprender... Pero es que en vivo y en directo, ¿qué tenía que hacer ella para que aquel chico se le acercara? No se atrevía a hablar con nadie de este tema, y la vez que Canela quedó preñada por un descuido, lo pasó tan mal que de nada le sirvió el gozo de ver los cuatro cachorros que tuvo. Menos mal que todavía Josefa no había llegado a la casa, y que pudo colocar a las crías antes de que cumpliesen un año. Pero la escena aquella de los dos perros enganchados por la parte trasera, tirando uno

para cada lado como si estuvieran pegados con Super Glue, le resultó tan extraña que casi no reconocía ni a su propia perra. Por un instante, le pareció como si se hubiese transformado en un ser deforme de dos cabezas de vértices opuestos. Los documentales de la TV2 eran una cosa, y el directo otra. Así que no tenía nada claro cómo funcionaba eso del himeneo.

.../...

Capítulo 3

Cada vez que salía fuera de la ciudad, llegaba con tal carga de felicidad en sus poros, que luego se pasaba varios días repartiendo besos a diestro y siniestro, su pequeño zoológico recibía mejores atenciones y su trabajo en la asociación de defensa de los animales se volvía más meticuloso. Sus padres se alegraban de ese estado de Maite, pero en el fondo no podían ocultar la gran preocupación que sentían por ella, tan desamparada. ¿Qué ocurriría el día que ellos faltasen? Conseguir un trabajo digno era difícil, encontrar un alma gemela con quien compartir su vida, más todavía, y, además, no tenía la suficiente destreza como para vivir sola, aunque fuese en medio de aquella jauría que tanto le gustaba. Ya no era una niña, su

hermana no parecía estar predispuesta a ayudar mucho, y en la tía ni se pensaba, por razones evidentes.

Maite entraba y salía de la casa y era muy bien mirada por todos los vecinos, porque su rostro reflejaba esa bondad que falta en la mayoría de las caras que nos cruzamos en la calle. Tenía siempre una sonrisa dispuesta, y un brillo en los pómulos que parecía recién salida de un salón de maquillaje.

Y fueron, precisamente, esos reflejos vitales los que vinieron a dar un giro inesperado en su vida cotidiana. A la clínica donde colaboraba fue un día un personaje relacionado con el mundo de la televisión para que atendiesen a su mascota, un simpático chucho que enseguida se prendó de Maite. Aquello fue motivo para que, pasado un tiempo, la muchacha terminara apareciendo en los hogares andaluces hablando de su forma de relacionarse con los animales. Ella no tenía buena dicción, pero transmitía tanta humanidad, tanta dulzura, que en unos meses, Josefa, Luis, Canela, Dionisio, y hasta el propio Mini, se convirtieron en rutilantes estrellas de la televisión. La gente aparecía en el plató con sus animales de compañía. Las cuotas de pantalla fueron creciendo, y Maite pudo trasladarse de la ciudad a una casa de los alrededores, donde se hicieron realidad sus sueños, y sus entrañables amigos dispusieron del espacio suficiente para no molestarse los unos a los otros. Incluso aumentó la familia, y su padre, que era un manitas, le construyó una jaula preciosa, de grandes dimensiones, donde pudo criar numerosas especies de aves.

La tía de Maite murió, la hermana terminó por desaparecer de su vida, y sus padres estuvieron junto a ella todo lo que les aguantó el cuerpo. Pero cuando llegó el temido momento de la soledad de Maite, esta había madurado lo suficiente, sin dejar de ser una niña en el cuerpo de una mujer, como para no temerle al destino ni necesitar a nadie a su vera. Tenía gente más o menos cercana que la querían; también solvencia económica para sacar adelante sus necesidades domésticas y, sobre todo, había conseguido, luego de muchos años, vivir rodeada de lo que más amaba en el mundo: su particular granja, sus animales que, desde el día en que nació, le acompañaron, y a los que supo cuidar, trasmitirles cariño, llorarles y no dejarlos nunca abandonados a la suerte. El día de su muerte, conservaba en el rostro el brillo de los pómulos, y esa brizna de felicidad con la que exhaló su último aliento.

J.R. Infante

Capítulo 4

LA REBELIÓN (1)

Los pájaros habían decidido que lo mejor era esperar al anochecer, cuando ya todos estuvieran acostados, para sorprenderlos mientras dormían porque, en conjunto y despiertos, sería difícil llevar adelante el plan.

La señora Abubilla, que de eso entendía bastante, había descubierto que por la chimenea se podía acceder al interior del cobertizo, ya que ellos siempre tenían la precaución de no dejar ni gota de brasas, así que no había peligro. El señor Mirlo no las tenía todas consigo, pero tampoco quería ser el agorero del grupo. Al fin y al cabo, si todos pensaban como la abubilla... ¡adelante! El plan tenía que salir bien, que para eso lo habían estudiado hasta el último detalle. Sigilosamente, se fueron deslizando todos los pájaros por el interior de la chimenea, siguiendo a la intrépida Abubilla: en el comedor no había nadie, ni se escuchaban ruidos sospechosos que pudieran poner en peligro la operación anillamiento, como la había bautizado el señor Martín. Solo podían verse, en lo alto de la mesa, los restos de la cena del día anterior, unas cuantas latas de cervezas vacías, y otras de refrescos.

Hubo que superar una dura prueba de concentración, porque al señor Mirlo le entraron unas ganas locas de ponerse a picotear en la mesa, como si fuese un invitado a la cena, pero el más pequeñajo de todos, el señor Mosquitero, estuvo rápido de reflejos y, de un certero salto, se colocó con las alas abiertas delante de unas apetitosas migajas de pan. Al señor Mirlo se le puso el pico blanco de ira, pero enseguida comprendió que estaban allí para otra cosa más importante y que el buche ya se

llenaría en otro momento. Colgados de una percha, media docena de prismáticos miraban hacia el suelo, en una actitud de relajamiento propio de esas horas de la noche. El ingenio del señor Martín comenzó a discurrir y, tomando una aceitera de la despensa, se dispuso a engrasar adecuadamente esos artilugios que tanta intimidad les había robado. Se pusieron todos manos a la obra y los prismáticos pasaron del relajamiento a un estado pringoso tal, que sería difícil volver a usarlos sin tener serias dudas sobre la veracidad de la imagen que con ellos se pudiesen ver. La libertad de movimientos de la avifauna volvía a ser la que fue en aquella parte de la dehesa.

Pero el asunto de los prismáticos no era más que un aperitivo para lo que les estaba aguardando en la habitación contigua: allí se encontraban todos los artilugios con los cuales los pájaros eran sometidos a esa especie de tortura, hasta terminar con una chapita en sus patas. La balanza para pesarlos, el metro para medir sus alas, las capuchas para intimidar y todas esas argollas numeradas, dispuestas a controlar cada uno de sus movimientos. A la señora Abubilla se le puso la cresta rígida como una peineta. Se acercó hasta una ristra de anillas, las ensartó con su largo pico y voló hasta la chimenea donde la esperaba el señor Cárabo, para guiarla por el bosque, en medio de un manto de estrellas, que brillaban de manera especial en esta noche tan señalada para las aves. A la señora Abubilla le siguió el señor Mirlo, y el señor Mosquitero, y el señor Martín, y así se formó un trasiego de pájaros que entraban y salían por la chimenea y, realizando funciones de guardia de tráfico, estaba el señor Mochuelo, que para eso tenía una vista envidiable, incluso a esas horas de la noche. En el cuarto taller quedaron unas cuantas láminas de protección de aves insectívoras, pegadas en la pared, y poco más. Todo el arsenal de instrumentos y materiales de anillado, pasó a formar parte de la historia, y fueron colocados en los lugares más insospechados, como para que nadie pudiera volver a usarlos nunca más.

Y en un rincón, como si de la cosa más inocente del mundo se tratase, el señor Mirlo descubrió la joya de la operación anillamiento: negra y lacia se derramaba hasta el suelo, descolgándose por la espalda de las cuatro picas, la maldita red invisible, eficacísima cuando se extiende en plena Naturaleza, y donde pájaros que chocaban contra ella habían pasado tan malos ratos e, incluso, algunos de ellos había encontrado la muerte. Vista así, en esa actitud, parecía un inofensivo corderito, pero a aquel que tiene la desgracia de quedar enganchado en ella le esperaban horas de suplicio, de intentos de zafarse hasta agotar sus energías. Aletazos inútiles, porque cada escorzo lo que hace es enredar más y más la posibilidad de salir de allí; las plumas se enganchan, las uñas de las patas se enredan con sus hilos de nylon, y el cuello puede quedar atrapado con el consiguiente peligro de estrangulamiento. Pero todo esto no sirve de nada, puesto que el recién llegado se encuentra con la sorpresa de ver interrumpido su vuelo de forma brusca y sin saber qué ha ocurrido. La presencia de otros congéneres de poco sirve porque, o bien están agotados, sin fuerzas para

emitir ningún sonido, o bien estos no llegan al cerebro de la víctima, que con el revuelo no se entera de nada. Hasta que no aparecen las manazas del homínido, no termina la primera fase del suplicio.

.../...

Capítulo 5

LA REBELIÓN (y 2)

.../...

Y en un rincón, como si de la cosa más inocente del mundo se tratase, el señor Mirlo descubrió la joya de la operación anillamiento: negra y lacia se derramaba hasta el suelo, descolgándose por la espalda de las cuatro picas, la maldita red invisible, eficacísima cuando se extiende en plena Naturaleza, y donde pájaros que chocaban contra ella habían pasado tan malos ratos e, incluso, algunos de ellos había encontrado la muerte. Vista así, en esa actitud, parecía un inofensivo corderito, pero a aquel que tiene la desgracia de quedar enganchado en ella le esperaban horas de suplicio, de intentos de zafarse hasta agotar sus energías. Aletazos inútiles, porque cada escorzo lo que hace es enredar más y más la posibilidad de salir de allí; las plumas se enganchan, las uñas de las patas se enredan con sus hilos de nylon, y el cuello puede quedar atrapado con el consiguiente peligro de estrangulamiento. Pero todo esto no sirve de nada, puesto que el recién llegado se encuentra con la sorpresa de ver interrumpido su vuelo de forma brusca y sin saber qué ha ocurrido. La presencia de otros congéneres de poco sirve porque, o bien están agotados, sin fuerzas para

emitir ningún sonido, o bien estos no llegan al cerebro de la víctima, que con el revuelo no se entera de nada. Hasta que no aparecen las manazas del homínido, no termina la primera fase del suplicio.

Hicieron falta refuerzos, pero para ello estaba preparado todo un batallón de gorriones que, con sus fuertes picos y vigorosas alas, transportaron la red al exterior de la casa, donde les esperaban una cuadrilla de buenos tejedores que no tardaron ni un segundo en ponerse a la labor, y mientras unos extendían la red desde el tejado, los otros iban hilando y entrecruzando para que quedase bien sujeta, y ni por las puertas ni por las ventanas pudiese salir nadie de la casa sin encontrarse de frente con la tupida red. La única posibilidad de salir era rompiéndola, con el consiguiente deterioro final del artilugio. Esto les llevó bastante tiempo, pero como en el interior de la casa el personal dormía a pierna suelta, entre ronquidos esporádicos, la actividad de los emplumados en nada interfería los dulces sueños humanos. Las aves hasta reservaron un trozo de red para tapar la chimenea a último momento, cuando ya hubiesen terminado la faena, pero aún les quedaba una parte importante: tenían que volver a entrar en la casa y llegar hasta la habitación donde dormían los homínidos.

De todo el proceso que contra ellos utilizaban, a los pájaros les quedaba de por vida una anilla en sus patas, como si de un grillete se tratase porque, desde luego, lo que no era es un anillo de compromiso, puesto que ellos no se habían comprometido a nada. Les habían colocado aquello a la fuerza, por el mero hecho de ser pájaros, tener plumas, alas y capacidad de vuelo para ir y venir hasta los confines del mundo. Algo muy duro, la verdad, así que ya no querían seguir siendo esclavos ni conejillos de India, y se lo iban a demostrar a esos engreídos, que se creen que todo lo pueden conseguir, porque han estudiado mucho y son muy listos. Pues ahora se iban a enterar. El señor Mirlo, la señora Abubilla, el señor Martín y el señor Mosquitero, introdujeron por la chimenea una ristra de zarzas que fueron colocando por toda la habitación, de tal manera que por muy habilidosos que fueran los homínidos, no sería posible salir de allí, ni siquiera de la cama, sin enredarse con ellas.

Pero faltaba un último detalle, el factor sorpresa. No podían esperar a que alguno de ellos se levantase y alertase a los demás. Así que se las ingeniaron para provocar un buen escándalo antes de que amaneciera y, en una operación dirigida por la señora Abubilla, dejaron caer todo cacharro susceptible de ello, tanto en la cocina comedor como en las habitaciones por las que se habían colado. Ello, unido al picoteo de los gorriones en las ventanas, hizo que la gente se despertara sobresaltada y casi al unísono.

Y ahí comenzó su calvario...

En alguna parte de sus anatomías quedarían marcados durante una buena temporada, y seguro que acordándose de los pájaros de la dehesa. Felices y contentos, estos se retiraron a sus lugares de descanso, dando por finalizada la operación anillamiento de la temporada otoño invierno del año dos mil cinco.

J.R. Infante

Capítulo 6

EL DESTIERRO (1)

Sábado. Once de la noche:

Mientras Pedro se debatía en un quirófano, entre la vida y la muerte…

—¿Y ahora qué, Juan? ¿Con qué ánimo vuelvo al pueblo? —se lamentó sollozando el padre de Pedro.

—Con el mismo que puede volver cualquier padre responsable —le respondió Carrasco.

—Si mi hijo se muere, esto no puede quedar así.

—Claro que no, pero aún está vivo; eso es lo importante.

—Aun así, Juan, aun así.

—No estás solo, tienes una familia.

—Tú sabes que yo no podré vivir al lado de quienes se han querido llevar por delante a mi hijo.

—¡Ha sido un accidente, hermano!

—¡Ha sido un crimen!

—Pedro todavía está vivo. No saques las cosas de su sitio; respétalo. No sabemos nada, ni siquiera qué pasó. Llevamos aquí metidos un día entero y por ahora lo único que nos debe preocupar es que tu hijo, ¿oyes?, ¡tu hijo!, sigue estando presente entre nosotros, así que deja de hacer cábalas y cálmate de una vez.

—Muy buenas palabras, hermano, pero a mí no me valen. Yo no puedo volver a mi pueblo y sentirme observado por todo el mundo, mientras el culpable de esto anda por ahí suelto.

—Muy bien. Si quieres, cogemos la escopeta y nos vamos de casa en casa...

—No es eso, Juan, tú lo sabes. Yo no voy a matar a nadie, pero tampoco puedo vivir con quien ha intentado quitarle la vida a mi hijo.

—¿Y quién ha sido?

—Por eso, Juan, por eso. Porque ni lo sé ni quiero saberlo, prefiero no verle la cara a nadie. Todos nos conocemos y sabemos quiénes estaban detrás de esas botellonas y se hacían los gallitos y arrastraban a los jóvenes.

—Sabes demasiado, hermano.

—Lo justo como para no poder vivir tranquilo. Con mi hijo o sin él, mi vida ha cambiado, y tú lo sabes. Me conoces bien y no ignoras lo que late en mi cabeza. Mejor será que hoy sea la última vez que pise la tierra que me vio nacer.

Un día antes.

En un descampado próximo a las últimas viviendas de la población, acababa de comenzar la fiesta para un grupo de jóvenes que, en las sombras de la noche, habían formado un círculo con sus vehículos, de tal manera que unos alumbraban con sus faros y otros emitían música de discoteca, machacona y a gran volumen. Mientras dos de ellos charlaban,

se acercó un tercero, que dijo:

—Pedro, ven que te voy a enseñar cómo me ha quedado el maletero del buggy.

—Enseguida estoy contigo, Serrano, espera que le explique a este cómo bajarse la peli.

—Bueno, venid los dos, tampoco es que quiera ocultar nada.

—¡Que ya voy, mamón! Que eres más pesado... —dijo Pedro.

A cien metros de ese lugar, las paredes de los corrales colindantes eran mudos testigos de aquella concentración festiva. A pesar del grosor de sus tapias y del cierre de sus ventanas, era inevitable que el tremendo golpeteo de aquellas notas que emitían los altavoces de los vehículos, llegase hasta los oídos de todos los vecinos, cuyas casas limitaban con esa zona. Los más afortunados —los mayores—, debido a sus carencias auditivas, estaban en sus habitaciones durmiendo, o al menos eso intentaban, pero para el resto aquello era un suplicio difícil de soportar.

—¿Y esto? Todos los fines de semana la misma historia —se lamentó Carrasco dando vueltas por la cocina de su casa.

—¿No se había ido ya a hablar con el alcalde? —le dijo su mujer.

—¿El alcalde? Ni la madre que lo parió, ni toda su puta casta son capaces de hacer nada. Yo no sé por qué lo votamos —dijo Carrasco tomándose una infusión de melisa.

—Pues, tu cuñado me dijo que había estado en el ayuntamiento —insistió la mujer.

—¡Qué no, coño! ¡Que no! Ese imbécil se cree que nos va a contentar con esas ideas, que no sé de dónde se las habrá sacado, de entretener a los golfos esos, que les tenía yo todo el día estrujando terrones, verás tú como se les quitaba las ganas de joder a los demás.

En el descampado...

—A ver qué mosca te ha picado. ¿Qué quieres enseñarme? Alguna gilipollez de las tuyas, seguro —dijo Pedro con un cubata en la mano.

—Vas a flipar, mamón —le contestó Serrano—. ¿Qué te parece este par de bafles que he instalado en el maletero?

—¡La hostia tú! ¿De dónde los has sacado?

—Me los he currado, mamón. ¿Qué te crees, que los he chorlado?

—¡Yo que sé! De ti puede uno esperar cualquier cosa.

—Cuidado que eres mamón. ¿Te gustan o no? ¿Quieres escucharlo?

—¡Pues claro, tío! Dale caña que vamos a dejar mudos a la peña.

Serrano se subió en su coche e hizo funcionar el aparato de música. La carrocería del vehículo vibraba de tal manera que parecía que iba a saltar en mil pedazos de un momento a otro. Los dos mil cuatrocientos vatios coparon la atención del resto de los jóvenes que, poco a poco, se fueron acercando. Serrano, para darle más realce a su obra de ingeniería, puso en marcha un sistema de luces intermitentes de colores que evolucionaban al compás de la música.

—¡Cómo te lo montas, cabrón! —dijo uno.

—Serrano, a ver cuándo me llevas a dar una vuelta en tu buggy, pendejo —dijo otra.

—Cuando tú quieras, Pipita —respondió Serrano engreído.

Pedro, mientras tanto, repartía whisky, Coca Cola y hielo a todo el que podía, hasta que la nevera portátil de Serrano se quedara vacía.

Carrasco, por su parte, daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño.

—¡Chiquillo! Estate tranquilo ya y trata de dormir —le dijo su mujer.

—Eso quisiera yo, Pepa, pero no puedo. Me voy al salón a ver la tele.

—¿Al salón? ¡Tómate...

—¿Qué me voy a tomar? Llevo ya dos infusiones y una pastilla para dormir, pero tengo metido ese chum chum aquí en las sienes.

—Ponte tapones.

—¿Tapones? Lo que voy a hacer es a coger la escopeta y liarme a perdigonazos, verás tú como se arregla esto.

—No seas burro. Anda, ven aquí, que se van a desvelar los niños.

.../...

Capítulo 7

EL DESTIERRO (2)

.../...

No era la primera noche. Aquella situación se venía repitiendo todos los fines de semana, y parecía que se multiplicaban los coches y los jóvenes con cada uno de los desplazamientos a los que se veían obligados por las denuncias de los vecinos.

—¿Pedro, tienes un pito? Que me he quedado colgao —dijo Serrano.

—Colgao estás siempre. No tienes jeta. A ver cuándo te gastas algo en tabaco, macho.

—No me hagas hablar, que quien te da siempre el mejor costo soy yo.

Se cogieron del brazo, sin soltar la copa con la otra mano, y se fueron hasta las inmediaciones de otra reunión donde se debatía, acaloradamente, sobre la conveniencia o no de las palabras del Rey, en medio de una tormenta musical.

—Y a mí qué más me da lo que diga ese lelo. ¿Por eso se van a ganar mi confianza? —dijo uno.

—De lelo nada, ahí lo tienes, ¡con dos cojones! Para que luego digan que no trabaja —contestó otro.

—Y es que además se levantó y se fue —dijo un tercero.

—¡Eeeeehhh! ¿Qué pasa aquí? —intervino Serrano—. Con la monarquía hemos topado. ¿Cómo andáis de whisky, que se nos ha acabado?

—Mira ahí en esa bolsa, puede que quede algo —le indicaron.

Sin soltar a Pedro del brazo, se agachó, palpó por entre el tropel de bolsas, hasta que sus dedos tropezaron con una figura que le era familiar.

—Ya la tenemos, Pedro. Ahora solo falta que tenga algo. Vamos allí, a la luz, que no veo un pijo.

—Y si no tiene a otro puesto —le canturreó Pedro.

En la casa de Carrasco había luces encendidas y caras desencajadas.

—Lo malo no es la lata que nos están dando —dijo el hombre—, sino que además están haciendo que nuestros hijos se quieran unir a esa pandilla de degenerados.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó la mujer.

—Quién me lo va a decir, Pepa. Ellos, desde luego que no, pero se nota que les atrae esa forma de divertirse. Piensan que cuando tengan edad suficiente van a estar ahí por derecho propio, como si no hubiera otras cosas para entretenerse.

—Creo que exageras.

—Mira, Pepa, en este pueblo ya hay mucha gente que está harta de esa gentuza y de la lata que están dando, así que el otro día en la peña quedamos en apoyarnos para buscarle una salida a este asunto. Ya estamos hasta el gorro de las blandenguerías del alcalde y la ineficacia de la Guardia Civil, así que se va a acabar eso de cambiarse de un sitio a otro, para que sigan jodiendo a todo el mundo.

—Son jóvenes, de alguna forma...

—Nosotros también lo fuimos, pero solo armábamos ruido en ocasiones que todo el mundo lo hacía: la feria, la romería, la Nochebuena, y pare usted de contar. Pero esto es insoportable. Es que no hay un fin de semana que no tengamos ese jolgorio dando por culo.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Hablar con ellos.

—¿Cuándo?

.../...

Carrasco se quedó mirando a su mujer sin decir nada y pudo observar cómo se deslizaban dos lágrimas por su mejilla.

—Pepa, no podemos consentir que nuestros hijos pasen a formar parte de esa cultura. Si no hacemos nada, si no reaccionamos , el que los jóvenes se diviertan de esa forma pasará a ser algo tan natural que no dormir el viernes y el sábado quedará tan asumido como el cambio de hora.

—Qué exagerado.

Serrano y Pedro continuaban pasando por cada grupito de jóvenes como si fuesen portavoces de la buena nueva, y en cada lugar conseguían algo que meterse en el cuerpo.

—¿Qué tu potro qué? ¿He oído bien o estoy ya medio borracho? —dijo Serrano.

—Que mi potro vale diez veces más que el caballo de este —respondió uno.

—¡Ja, ja, ja, ja! —se carcajeó Serrano.

—Ríe, ríe, pero tú sabes que tengo razón. En la próxima exhibición te lo demostraré.

—Tú dirás lo que quieras chaval —intervino Pedro—, pero creo que no has visto bien cómo se mueve ese caballo.

—Me juego mi equipo de música a que no le gana ni una ronda —dijo Serrano.

—Serrano, coño, después de la que tienes aquí liada con esa discoteca móvil, ¿ahora te lo vas a jugar con un tema del que no tienes ni pajolera idea? —intervino otro de los presentes.

—No tengo idea, pero sí tengo buena vista y yo he visto al caballo y he visto al potro, ¿eh? No te creas que ando tan despistado. Además, ¿a vosotros qué más os da si me la juego o no? ¿Acaso es vuestro el equipo, eh?

—No, no, allá tú con tus historias. Además, este aún no ha dicho si le interesa o no.

—Pues, no me interesa —respondió el dueño del potro— porque, ¿qué querrías que pusiese yo a cambio? ¿El potro?

—¿El potro? —respondió Serrano—Yo no he dicho nada, ¿eh?

—No has dicho nada, pero se te leen las ideas, espabilao.

—Bueno, dejemos las cosas como están —cortó Pedro— ¿por qué no cambiamos de tema? ¿Quién se ha traído algo potente para escuchar?

—¿Para escuchar? —inquirió uno con sorna.

—Sí, para escuchar. Dejaros de cachondeo que no pienso tomar nada, que

mañana tengo que madrugar —respondió Pedro.

—Querrás decir que tendrás que tomar algo para poder madrugar —se le ocurrió a otro.

—¡Ja, ja, ja, ja! —irrumpieron todos a coro.

Carrasco, desde el salón de su casa, realizó un par de llamadas telefónicas y se metió en el cuarto de baño para terminar de arreglarse.

—Juan, ¿estás seguro de lo que estás haciendo? —le dijo Pepa.

—Que sí mujer. Tú metete en la cama y procura dormir. No te preocupes que esto es solo cuestión de un momento, que ya verás cómo lo arreglamos.

—Nada de violencia, Juan, eso no conduce a ningún lado. Por favor, piensa en tus hijos.

—¡Que no te preocupes, coño! Que ya somos mayorcitos y sabemos lo que nos traemos entre manos.

Capítulo 8

EL DESTIERRO (3)

.../...

Carrasco abrazó a su mujer dándole un beso en la frente, y salió a la calle. La noche presentaba un aspecto algo sombrío, apenas si se veían las estrellas, no se movía un alma, pero, eso sí, la música machacona llegaba sin remisión a cada uno de los portales, como si se tratase de un pobre vagabundo buscando refugio. En la plaza, junto a la cabina de teléfono, esperaba ya un grupo de personas.

—¿Estamos todos? —preguntó Carrasco al llegar.

—Faltan unos cuantos, pero nos han dicho que se unirían a nosotros en el callejón de arriba.

—Pues, vamos allá —respondió Carrasco.

—Recordad lo que dijimos: vamos de buenas manera, pero si hace falta pegarle dos ostias a un mocoso de esos, que nadie se eche atrás, ¿de

acuerdo? —Todos asintieron.

Los hombres caminaban en silencio, frotándose las manos por el relente. A su paso, en algunas casas se encendían luces, aunque nadie se asomaba ni a la puerta ni a las ventanas. Algunos se unían al paso de la comitiva, sin decir nada.

—¡Sin miedo Carrasco, con dos cojones! —dijo uno.

—Eso, que aquí estamos nosotros —dijo otro.

—Guardad la fuerza —murmuró Carrasco—. Cuando estemos allí, ya veremos quién le echa lo que hay que echarle.

—Yo no me muevo de tu lado, ¿eh?, cuenta conmigo —le dijo su compadre, casi hombro con hombro.

Carrasco lo miró y, a pesar de la poca luz, le vio un brillo en los ojos que le imprimieron confianza.

En el descampado todo seguía igual:

—Pedro, pon esta que ya casi me sé de memoria esa mierda —le gritó Serrano a Pedro.

—¡Joé, qué vasca! Os cansáis enseguida. ¿A que vamos a fundirle los plomos al tocata? —respondió Pedro.

—¿Tocata? ¿Mi equipo un tocata? Tú no sabes lo que dices, chaval. ¿Tú sabes lo que me ha costado a mí esa radio? ¿Eh, lo sabes?

—Ni lo sé, ni me interesa, mamón; anda dame el cedé y déjate de rollos.

—¡Serrano, Pedro! —dijo alguien aproximándose a los dos colegas—. Al bizco le han mandado un mensaje que dice que hay movida.

—¿Movida? —repitió Serrano—. ¿Otra vez los picolos?

—Pues, no lo sé, pero me parece que no, que es la gente.

—¿Qué gente? ¡Aclárate, cojones!

—Pues, gente que viene para acá.

—¿A la fiesta? Pues deja que vengan, a lo mejor traen más costo.

—Creo que no es eso —intervino otro.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Pedro saliendo del coche.

—Pronto lo vamos a saber porque están saliendo de la calleja —dijo otra.

—Yo me las piro —dijo una joven cogiendo su abrigo y saliendo por patas.

—A mí esconderme por ahí, que como venga mi padre me cruza la cara de un guantazo —exclamó otra.

—¡Qué pasa, coño! ¿A qué tenéis miedo? ¿Estamos haciendo algo malo? —gritó Serrano.

En un momento, el grupo que encabezaba Juan Carrasco se encontraba delante de otro grupo de jóvenes envalentonados por el intrépido Serrano.

—¿Qué pasa Carrasco, que os trae por aquí? —dijo fríamente Serrano.

—De sobra lo sabes, Serrano —contestó Carrasco.

—Pues no lo sé y estos —volviendo la cara—, creo que tampoco. ¿Os apetece un trago?

—¡Déjate de coñas! ¿Hasta cuándo vamos a tener que soportar esto?

—¿Esto?

—¡Serrano, no me provoques, que no son horas! —dijo enfurecido Carrasco.

—¡Que corten la monserga ya! —gritó uno de los recién llegados.

—¡Que se vayan! —dijeron otros.

—¡Que nos dejen descansar! —dijeron algunos.

—¡Fuera de aquí, coño! —levantó los puños un atrevido.

Carrasco giró el cuello y bajó un tanto el tono del griterío.

—Ya veo las intenciones —dijo muy tranquilo Serrano.

—¡Tenemos derecho a divertirnos! —gritó uno de los jóvenes.

—¡Y a escuchar música! —gritaron otros.

—¡Estamos fuera del pueblo!

.../...

Capítulo 9

EL DESTIERRO (y 4)

.../...

Por el bando contrario se enfurecieron los ánimos y el griterío superó a los decibelios musicales. Algunos coches apagaron sus luces y en otros cesó el traqueteo altisonante. Tan solo permanecía a todo volumen el vehículo de Serrano.

—El alcalde nos ha prometido un sitio, pero no acaba de darnos nada —dijo altanero Serrano.

—Y por eso jodéis a todo el mundo, en lugar de esperar —le contestó Carrasco.

—No tenemos otra alternativa.

De entre los jóvenes apareció Pedro.

—¿Qué haces tú aquí? —le dijo sorprendido Carrasco.

—Ya lo ves tío. Tratando de pasar un rato agradable.

—Eso ya lo discutiré con tu padre —dijo Carrasco—. Por ahora procura no meterte en nada.

—Pero es que estoy metido, tío —dijo muy serio Pedro.

—¡Carrasco, déjate de charla! —gritaron desde la oscuridad.

—¡Iros a dormir! —gritaron los jóvenes.

—¡Lo que nos vamos a cagar es en tu puta madre, cabrón! —respondió algún adulto.

—¡Eso no me lo dices en la cara! —se envalentonó un joven dando un paso al frente.

Un objeto contundente voló de un bando a otro dándole en la cabeza a uno de los jóvenes.

—¡Serrano, corta ya que vienen con ganas de bronca! —gritó uno.

Carrasco y Serrano se volvieron de espaldas para tratar de calmar los ánimos, pero antes de que pudiesen impedirlo, unos y otros se habían enzarzado en una lucha tremenda.

—¡Quietos!¡Quietos, coño! —se desgañitó Carrasco.

Este recibió el tremendo impacto de una botella entre el hombro y una oreja, que enseguida se le puso ardiendo como un clavo. Las patadas, los golpes, los palos se hicieron protagonistas. Algunos rodaron por el suelo, enfrentados a guantazos. En cuestión de minutos, lo que era un campo de feria, se convirtió en un campo de batalla, donde nadie miraba por nadie y cada cual procuraba hacer el mayor daño posible.

—¡Quietos!¡Serrano, diles que paren! —gritó Carrasco.

La música del coche de Serrano fue cortada de raíz por un palo que alguien metió por la ventanilla e impactó de plano contra la radio. En medio de la oscuridad, el griterío era enorme. La mayoría de las jóvenes optaron por la vía de urgencia y, como buenamente pudieron, corrieron hasta las paredes próximas de las casas, para irse alejando. Nadie cesaba

en su empeño de superar por la fuerza al contrario, hasta que la sirena del patrullero de la Guardia Civil se fue abriendo paso en la oscuridad de la noche. Su inmediata presencia hizo que muchos optasen por la desbandada, corriendo sin rumbo previsto.

—¡Carrasco, Carrasco! —gritó alguien.

—¡Ven enseguida, que a tu sobrino le pasa algo! —dijo otro.

—Está chorreando sangre —dijo un joven.

—¡Vamos a llevarlo al patrullero!

—¡Vamos, rápido! —dijo Carrasco.

En un abrir y cerrar de ojos, el cuerpo de Pedro fue depositado en el asiento de atrás del patrullero, que a toda marcha corrió hacia el ambulatorio. Su tío estaba junto a él.

—¡Date prisa, Gutiérrez! —le dijo Juan Carrasco al cabo de la Guardia Civil que conducía el vehículo.

—Hago lo que puedo, pero este cacharro no da más de sí. ¿Cómo está?

—Ni me lo preguntes. Tú pisa a fondo.

—¡Joder, macho!—¿Pero, qué ha pasado ahí? —preguntó el cabo.

—Ahora no es el momento, Gutiérrez. Vamos a tratar de salvarle el pellejo a esta criatura, que luego habrá tiempo de hablar. ¡Acelera!

—¡Ya voy, ya voy coño! Pero es que esto...

—¡Ya lo sé, no da más! ¿Habéis pedido una ambulancia?

—Está en camino.

—¿Y por qué no le salimos al encuentro?

—¿Qué te crees que estoy haciendo?

—¡Joder, que sangría! ¿Pero qué le han hecho a este muchacho? —se lamentó Carrasco.

—Ahí está la ambulancia —dijo el cabo.

Ambos vehículos pararon en mitad de la carretera, y entre unos y otros trasladaron a Pedro a la camilla y de ahí al interior de la ambulancia; se

iniciaron las maniobras de cambio de sentido y la parpadeante sirena del vehículo sanitario emprendió una rápida aceleración hasta perderse en el horizonte.

J. R. Infante